

NUCCIO ORDINE

GEORGE STEINER,
EL HUÉSPED
INCÓMODO

ENTREVISTA PÓSTUMA
Y OTRAS CONVERSACIONES

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO
DE JORDI BAYOD

BARCELONA 2023



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *George Steiner. L'ospite scomodo*

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2023 by Herederos de Nuccio Ordine
© de la traducción, 2023 by Jordi Bayod Brau
© de esta edición, 2023 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, ilustración de Leonard Beard

ISBN: 978-84-19036-75-9

DEPÓSITO LEGAL: B. 16 082-2023

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2023*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>El huésped incómodo</i>	7
----------------------------	---

CONVERSACIONES CON GEORGE STEINER

La entrevista póstuma	65
Otras conversaciones	82
Un científico frustrado	82
La ruptura con <i>The New Yorker</i>	89
Corregir los errores del mundo: sobre Sebastiano Timpanaro	96
La deriva de Europa	102
 <i>Agradecimientos</i>	 107
<i>Índice</i>	109

A Piergaetano Marchetti,
venator sapientiæ.

EL HUÉSPED INCÓMODO

Sabemos poco, pero el que hayamos
de mantenernos en lo difícil es una
seguridad que no nos abandonará.

RAINER MARIA RILKE

*¿Tu verdad? No, la Verdad,
y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela.*

ANTONIO MACHADO

I. LA PRESENCIA INVISIBLE DE UN «DURO CONTENDIENTE»¹

Dos años después de su desaparición, Steiner
continúa presente en mi vida y en la de muchísi-

¹ A lo largo del libro hemos recurrido a traducciones
en español ya existentes para los pasajes citados; el lector
ha de tener en cuenta, sin embargo, que a menudo las he-
mos ajustado o modificado para adaptarlas al contexto en
el que aquí aparecen. (*N. del T.*).

mos lectores que lo amaron. Se trata de una presencia invisible, de una discreta sombra que nos acompaña silenciosamente en el museo, en la biblioteca, en el aula escolar o universitaria, en el concierto de música clásica o en uno de aquellos cafés en los que George reconoció los rasgos más significativos de la «idea de Europa».¹

Durante muchos años tuve el privilegio de dialogar con él en las circunstancias más variadas. Y tras su muerte encontré, en una carta de Francesco Petrarca dirigida a Barbato da Sulmona en 1363, una de las descripciones más profundas y emotivas de cómo un amigo, pese a hallarse a una gran distancia, puede continuar siendo partícipe de la vida diaria de quien lo ama. Por supuesto, la separación entre los dos amigos evocada por el poeta florentino es física. Pero esas mismas palabras pueden aplicarse también, con toda propiedad, a la percepción de una ausencia más radical y definitiva. Distancia o muerte, tanto da. El hecho es que «el alma es siempre libre» y que «nada nos impide unirnos con

¹ George Steiner, *La idea de Europa*, trad. María Condon, pról. Mario Vargas Llosa, introd. Rob Riemen, Madrid, Siruela, 2005, pp. 38-41.

la imaginación». ¹ Los dos amigos pueden vivir el uno al lado del otro sin verse. En efecto, las experiencias compartidas en nombre de la amistad continúan manteniéndolos siempre unidos. No hay separación que pueda impedir «vivir siempre uno junto al otro» «con el alma y la imaginación»:

Si el destino nos lo impide [vivir juntos], supliremos nuestra ausencia con el alma y la imaginación, que eso nada lo puede impedir. Tú me abrazarás con tu afecto y yo a ti con el mío; ninguno de los dos tendrá sin el otro sus días, sus noches, viajes, veladas de estudio, charlas, alegría, trabajo, descanso. ²

La lectura de un libro, sentarse sobre la hierba en medio de un prado, una simple conversación o cualquier humilde gesto realizado en algún momento del día pueden ser ocasiones preciosas para advertir la presencia silenciosa del amigo ausente, para seguir compartiendo con él las mismas pasiones y los mismos intereses:

¹ Francesco Petrarca, *Epistolario*, 4 vols., ed. Ugo Doti, trad. Francisco Socas, rev. Jordi Bayod, Barcelona, Acanalado, vol. 2, p. 1880, 2023 (en prensa).

² *Ibid.*, p. 1881.

Cualquier libro que el uno tome, el otro lo abrirá; donde el uno ponga los ojos, allí leerá el otro; dondequiera que el uno sobre la hierba se siente, tendrá al otro sentado a su lado; cada vez que se ponga a hablar consigo mismo o con otro, verá al amigo ausente con el oído atento. En fin, haga lo que haga el uno, esté donde esté, vaya donde vaya, el otro estará a su derecha.¹

Y para Petrarca, incluso «cuando el uno muera, el otro lo mantendrá vivo en su recuerdo», obrando de modo tal que continúe viviendo («creerá que sigue vivo»)².

Pero hay algo más: a raíz, precisamente, de la pérdida de un maestro tan querido he podido comprobar en primera persona el profundo valor de las magníficas páginas que Montaigne consagra al tema de la amistad. He comprendido hasta qué punto es importante, en la vida de un estudioso, tener la fortuna de encontrar grandes interlocutores capaces de dar impulso a tus ideas:

El estudio de los libros es un movimiento lánguido y débil que no enardece; la discusión, en cambio, en-

¹ *Id.*

² *Id.*

seña y ejercita a la vez. Si discuto con un alma fuerte y un duro contendiente, me hostiga los flancos, me provoca por la derecha y por la izquierda, sus fantasías dan impulso a las mías [...] Pero, así como nuestro espíritu se fortalece mediante la comunicación con espíritus vigorosos y ordenados, no puede decirse hasta qué punto pierde y degenera por medio del continuo trato y la frecuentación que tenemos con espíritus bajos y enfermizos. No hay contagio que se difunda como éste. Conozco el paño por experiencia suficiente.¹

Y, en efecto, George, por su temperamento natural, me hostigó «a derecha e izquierda», me aguijoneó «los flancos», me hizo entender hasta qué punto el encuentro con «duros contendientes» puede dar vida a una «discusión que al mismo tiempo enseña y ejercita». Y, por eso mismo, es también cierto que a veces la amistad, en cuanto libre elección del otro, puede crear lazos más fuertes y más íntimos que los que se establecen con un hermano o con la persona de la que estamos enamorados («Y también, en la medida

¹ Michel de Montaigne, «El arte de la discusión», en: *Los ensayos*, trad. Jordi Bayod, Barcelona, Acantilado, 2007, p. 1378.

que son amistades impuestas por la ley y la obligación natural, tienen tanto menos de elección nuestra y de libertad voluntaria».¹ Como nos recuerda Montaigne, más allá de los lazos biológicos (no elegimos a nuestros padres ni a una hermana) o amorosos (en los que siempre existe el egoísmo del deseo erótico), la «comuni6n» de la que se nutre la amistad, evitando cualquier tipo de ventaja utilitarista, se convierte en la m1s alta y noble expresi6n de lo gratuito. Por todo ello, las fuerzas impenetrables que enlazan de manera indisoluble a los seres humanos acaban por constituir un insondable «misterio». Un enigma que Montaigne condensa en una c6lebre f6rmula—muy querida y citada por Steiner—destinada a explicar su profunda amistad con Étienne de La Boétie:

En la amistad de la que yo hablo, [las dos almas] se mezclan y confunden entre sí con una mixtura tan completa, que borran y no vuelven a encontrar ya la costura que las había unido. Si me instan a decir por qué le quería, siento que no puede expresarse más que respondiendo: porque era él, porque era yo.

¹ M. Montaigne, «La amistad», en: *Los ensayos*, *op. cit.*, p. 244.

Hay, más allá de todo mi discurso, y de cuanto pueda decir de modo particular, no sé qué fuerza inexplicable y fatal mediadora de esta unión.¹

En definitiva, la amistad, en tanto que «santa unión», encuentra en la «conversación» y la «comunicación» entre dos personas su más alto «alimento».² Así, el amigo ausente estará siempre a nuestro lado como una presencia invisible y continuará hablándonos a través de las páginas de sus libros o de los recuerdos compartidos.

2. LA ENTREVISTA PÓSTUMA Y LAS OTRAS CONVERSACIONES

Incitado por amigos y por algunos editores que me son muy cercanos, he decidido reunir en este pequeño libro la entrevista póstuma y cuatro conversaciones publicadas en el *Corriere della Sera* a lo largo de los años. Es una manera de salvar del olvido pensamientos que, expuestos en las páginas de un periódico, no habrían podido evitar el habitual destino de la obsolescencia

¹ *Ibid.*, p. 250.

² *Ibid.*, p. 247.

impuesto por el ritmo trepidante de la crónica y de la novedad. Si la primera entrevista quiere ser una «despedida» de los lectores y de la vida mediante una serie de reflexiones autobiográficas, por momentos muy profundas y emotivas, los demás diálogos han de considerarse testimonios ligados a circunstancias ocasionales.

En la idea misma de «entrevista póstuma» es posible reconocer la originalidad de Steiner, su capacidad para tomar a sus interlocutores siempre por sorpresa. Él mismo me la propuso, en uno de nuestros encuentros en su casa de Cambridge. Sentía la necesidad de desvelar algunos «secretos» y de dejar mensajes cifrados a personas que amaba y a amigos con los que había reñido. Había lamentado siempre no haber reunido el valor y la fuerza necesarios para rehacer los lazos rotos. Es una entrevista-confesión en la que no faltan observaciones autocríticas, análisis de fracasos y triunfos, de pérdidas y adquisiciones. Quién sabe cuántos episodios decisivos quedan aclarados y explicados en el epistolario secreto que George escribió durante años, día tras día, anotando como en un diario sus reflexiones más íntimas sobre amistades, amores, trabajo, vida en general. Nadie, salvo la misteriosa destinata-

ría, conoce hasta el momento su contenido. Habrá que esperar todavía cuarenta y ocho años antes de que las puertas del archivo del Churchill College de Cambridge se abran a la curiosidad de los estudiosos y de los admiradores que tengan aún ganas de leerlo. Entre ellos, sin embargo, ya no se encontrarán quienes lo han conocido. Es una elección programada para excluir, *de facto*, a los familiares e interlocutores con los que George ha compartido su existencia: la «distancia» temporal necesaria con respecto a los acontecimientos narrados para «proteger» a los protagonistas inconscientes de este *journal intime*, organizado como una colección de cartas.

Las cuatro entrevistas restantes, en cambio, se refieren a episodios particulares de su larga vida profesional. En la primera, explica que su interés por las ciencias tiene raíces ya en su juventud, y narra sus veleidosas aspiraciones a convertirse en físico, frustradas en su inicio mismo por un suspenso en un examen de matemáticas. En la segunda, evoca sus treinta años de colaboración en la prestigiosa revista *The New Yorker* y su repentina interrupción por culpa de un litigio con la directora, Tina Brown. En la tercera, revela su infinita admiración por Sebastiano Timpanaro, el gran fi-

lólogo clásico italiano que había inspirado, de forma encubierta, el protagonista de su novela *Pruebas*, en la cual un corrector de galeras se propone eliminar los errores de los textos (a través de la filología) y los errores de la historia (a través del marxismo). En la cuarta, finalmente, narrando la jornada típica de un nonagenario, manifiesta su inquietud por el destino de una Europa amenazada por la xenofobia y el antisemitismo.

3. UNA EXTRAORDINARIA

«VIS ORATORIA»

Durante un par de décadas he gozado muchas veces del privilegio de escuchar en vivo conferencias de George Steiner. Su elegante elocuencia, su voz apasionada, su variada gestualidad, su penetrante mirada, han atraído poderosamente la atención del público. Ni siquiera el oyente más distraído y superficial ha tenido que esforzarse para percibir la alegría de una palabra que deseaba ser comunicada, que hallaba su razón de ser precisamente en el encuentro con el otro. No a todos los críticos se les concede este favor de la fortuna. A veces el entusiasmo que una

página escrita suscita en el lector se convierte en grave frustración cuando se produce un encuentro directo con el autor.

En el caso de Steiner el éxito, a mi juicio, no se explica sólo por su extraordinaria *vis oratoria*. Su elocuencia se nutría de pasión por la enseñanza, de un profundo deseo de compartir con el público el amor a la literatura y al saber. Y se trata de consideraciones que surgen de la experiencia directa, de una verificación que he podido efectuar muchas veces sobre el terreno. En particular, me gustaría evocar dos encuentros que Steiner mantuvo en Calabria, hace muchos años, al inicio de nuestra amistad, con estudiantes de enseñanza secundaria de Crotona y de Cosenza. En contacto, precisamente, con estos jóvenes—en un contexto muy alejado de la oficialidad y del cartón piedra de una conferencia—vi en acción a un orador capaz de llevar a la máxima expresión todas sus cualidades. En el escenario del teatro Rendano de Cosenza, en el ámbito de una mesa redonda organizada por el Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, Steiner habló de la importancia de los clásicos a más de trescientos estudiantes que lo escuchaban en un silencio religioso. Como un nuevo Orfeo, cautivó a su auditorio recitando de me-

moria versos de poetas o leyendo pasajes de autores antiguos y modernos. Era del todo evidente que aquellas palabras sonaban como el registro de un testimonio vivo, de un itinerario personal jalonado por el amor a la lectura.

En estos dos encuentros, descubrí después una serie de elementos que me ayudaron a entender, retrospectivamente, algunas páginas de los últimos libros de Steiner. Me di cuenta de que muchas de sus afirmaciones—a menudo muy polémicas—hundían las raíces también en su experiencia primero como alumno, y después como docente (roles que entendemos en un sentido lato: de hecho, para quien concibe la investigación y la enseñanza de una manera dinámica el verdadero docente no puede dejar de ser, a la vez, estudiante durante toda la vida). Se trata de temas que contrastan de forma profunda con las modernas pedagogías que a partir de los años ochenta han condicionado la política escolar en Italia y en varios países europeos. Me gustaría intentar, de manera asistemática, discutir de nuevo algunas cuestiones que retornan con particular insistencia en *Presencias reales*, en *Pasión intacta*, en *Errata* y en la recopilación de conferencias *Lecciones de los maestros*.